



# Los DDHH, un antídoto contra las dictaduras— Entrevista a Norma Morandini

La periodista argentina dirigió el Observatorio de DDHH en Argentina (2015-2019), donde velaron por la protección y el fomento de unos valores universalizados que actualmente se ven más amenazados que nunca, dadas las vicisitudes generadas por una crisis económica global

***Usted desarrolló una etapa de su vida alrededor de la protección y el fomento de los Derechos Humanos. ¿Qué funciones tenía el Observatorio que dirigió durante cuatro años?***

Llegué a los derechos humanos por su denuncia: dos hermanos presos desaparecieron en la ESMA, el campo de detención clandestina de la marina, y fueron arrojados al mar desde los llamados “vuelos de la muerte”. Tuve una madre de “pañuelo blanco” que fundó en Córdoba la Asociación de los Familiares y presos de desaparecidos. Luego, viví en el exilio en Lisboa, Brasil y Madrid, donde pude ejercer el periodismo en libertad como corresponsal de la revista española Cambio 16 que me ofreció sus páginas para denunciar lo que sucedía en las dictaduras sudamericanas. De modo que por mi forzada experiencia fui descubriendo el papel fundamental de los organismos internacionales de derechos humanos que se hicieron eco de esas denuncias, como de una prensa libre para hacer público lo que en nuestros países se negaba y ocultaba. Denuncié primero,

pero fue en mi paso por la política, donde entendí que, a la hora de la restauración democrática, debemos poner énfasis en el anuncio, sobre qué son los derechos humanos como filosofía igualitaria, como sustento de la democracia. El probado antídoto a las dictaduras. Sucede que, en Argentina, debimos primero reconstruir en la Justicia el rompecabezas macabro del terrorismo de estado. En la región efectivamente fuimos más lejos que nadie por llevar a la prisión a los jefes de la muerte. Toda la energía democrática estuvo puesta en la condena a la dictadura. Sin embargo, el zigzag jurídico de las leyes de amnistía, los indultos y la reanudación de los juicios veinte años después, congelaron el pasado trágico que se proyectó como una sombra oscura sobre la restauración democrática. Postergamos una auténtica educación democrática. Aun cuando la reforma de la Constitución de 1994 otorgó jerarquía constitucional a una decena de Tratados Internacionales de DDHH, los derechos humanos



en Argentina connotan más con la muerte, las torturas y las desapariciones de la dictadura que con los derechos democráticos. Fue en la vida legislativa donde descubrí la escasa conciencia que existe con relación a estos derechos constitucionales, y por eso la primera preocupación en el Observatorio fue promover que la legislación fuera concordante con toda la normativa de derechos humanos. Hicimos un fuerte trabajo de promoción, divulgación y

asistencia legislativa para que el debate de las leyes y su sanción se hiciera bajo el prisma de la filosofía jurídica del sistema internacional de derechos humanos. Fuimos anfitriones como divulgadores de los informes de los relatores de Naciones, además de involucrarnos directamente en la sanción de leyes específicas como el derecho a la identidad biológica, fuera del período de la dictadura. Además de participar personalmente como panelista en Congresos locales y regionales.





Mi reconocimiento público como periodista me permitió hacer un trabajo de divulgación sobre el significado de los derechos humanos, especialmente en relación con la libertad de expresión. Trabajamos estrechamente con las agencias de Naciones Unidas, especialmente el PNUD y UNICEF y ACNUR.

***¿Cuál es el papel que cree que tienen las instituciones en el respeto y la promoción de estos derechos?***

Hacerse eco de las denuncias como poner énfasis en el anuncio, la educación formal e informal para que los derechos humanos como filosofía jurídica democrática salgan de las organizaciones humanitarias, circulen por la sociedad para encarnar una cultura de respeto a la pluralidad. Ser independientes de los gobiernos y evitar la ideologización de los derechos humanos para poder reaccionar con rapidez cuando se violan derechos.

***Tras la pandemia, han aumentado las desigualdades sociales y se han acentuado las crisis en los países que ya disponían de menos recursos. Ante este conjunto de problemas, ¿cree que los derechos humanos están ahora más amenazados que nunca?***

La pandemia, como los catalizadores, esos componentes químicos que hacen aparecer lo que no se ve, pusieron en evidencia las entrañas

culturales de cada sociedad, el grado de conocimiento en relación con los derechos. En sociedades con escasa conciencia democrática, en lugar de apelar a la responsabilidad ciudadana, los gobernantes, en general, manejaron la pandemia con el Código penal en la mano, se extralimitaron con el confinamiento, y priorizaron a los funcionarios, amigos y parientes con “vacunaciones de privilegio”. En las democracias desarrolladas, como contracara, el individualismo llevó a que muchas personas se negaran a las vacunas y las restricciones en nombre de las libertades individuales. Paradójicamente, a mayor desarrollo democrático, mayor resistencia. En las autocracias sudamericanas, el confinamiento fue en algunas provincias autoritario, casi dictatorial. Resulta perturbador constatar que el desarrollo democrático no generó una cultura solidaria. Los derechos sirven efectivamente para proteger al ciudadano de la prepotencia del estado, pero nos encontramos con personas individualistas sin responsabilidad en relación con los otros. En ese sentido, por estar la democracia reducida más a una visión puramente electoral, los derechos humanos efectivamente están amenazados. Debemos recordar que los derechos humanos nacieron de las cenizas del nazismo. Si realmente los seres humanos nos sintiéramos iguales y, porque somos seres de razón, actuáramos fraternalmente, como reza el art. primero de la Declaración Universal, no necesitaríamos de principios morales. Pero como somos indiferentes al dolor ajeno y no actuamos con racionalidad, debemos aferrarnos a los principios



morales. De modo que a mayor crisis planetaria, mayor es la necesidad de aferrarnos a esa filosofía jurídica.

***Desde hace unos años, Europa vive una crisis migratoria. Al mismo tiempo, en el mar Mediterráneo se sigue ahogando gente que intenta llegar a la frontera europea ante la mirada pasiva de los estados. La resolución de la crisis de refugiados, ¿de qué compromisos y responsabilidades requiere?***

Provengo de un país cuya mejor identidad se construyó sobre la inmigración. Argentina importó su población. Pero, por primera vez, asistimos a una migración regional, como la de los venezolanos. He trabajado desde el Observatorio para que se le faciliten los papeles, la documentación y los estados cumplan con su obligación de asistir y amparar a los que huyen de sus países por miedo y por hambre. Trabajamos en el ‘proyecto Siria’ para encontrar familias que se comprometieran a “llamar” otras de Siria y conseguimos que se sancionara la ley de apatridia, ya que Argentina en la región era el único país que no tenía una ley de este tipo. Desde Argentina, la crisis de los refugiados en Europa se ve lejana. Con cada verano boreal los telenoticieros se llenan de las imágenes de las pateras y los muertos en el Mediterráneo, Pero ahora en España, constato que el problema más serio en materia de derechos humanos en Europa es el de estas personas que desesperadas se lanzan al mar aun sabiendo que pueden perder la vida. Europa, la tierra a la que

todos quieren llegar, el continente que consiguió su desarrollo y prosperidad de la mano de los derechos democráticos hoy está siendo interpelada por los refugiados. Aun cuando la analogía pueda parecer exagerada, como trabajo los temas de la memoria trágica, puedo reconocer la misma indiferencia de algunos estados durante el nazismo. A la par, conmueve el trabajo de las organizaciones humanitarias que no solo trabajan con los refugiados, sino que nos recuerdan todo el tiempo lo que sucede en el mundo global donde las mercancías y el dinero pueden circular libremente y se levantan barreras para las personas. Insisto, debemos destacar y recordar que Europa tuvo su mayor periodo de prosperidad y desarrollo en su historia de la mano de la democracia y los derechos humanos. Por eso, me gusta la definición de Elie Wiesel, que reza que “los derechos humanos son una religión laica y debemos predicar como pastores cívicos.”

***Los efectos negativos de la pandemia han afectado principalmente a los jóvenes y a las mujeres de países de rentas bajas. ¿Estos dos colectivos están ahora más desprotegidos en términos de derechos humanos y derechos sociales?***

La desigualdad social y económica invalidan la misma idea de igualdad consagrada por la filosofía jurídica de los derechos humanos, lo que les da argumentos a los que desprecian la democracia o la reducen al juego electoral de las mayorías. Países con tradición autoritaria, donde la democracia



parece una flor de invernadero, como sucede en América Latina y en el Este europeo se ignora la universalidad de los derechos humanos y volvemos a escuchar los argumentos de las dictaduras, el de la injerencia toda vez que se denuncia la violación de derechos. Las agencias de Naciones Unidas, como los organismos regionales, contribuyen con las personas y las organizaciones de derechos humanos, pero ha disminuido la efectiva presión sobre los gobiernos. Como Argentina, me perturba que no seamos enfáticos a la hora de denunciar lo que sucede en Venezuela, Cuba y Nicaragua.

*Usted es originaria de Argentina, un país que sufrió una dictadura caracterizada por el terrorismo de Estado. Con la llegada de la democracia, Argentina se ha comprometido con una mayor defensa y promoción de los DDHH, siendo un referente en este ámbito. Aun así, en países de su alrededor aún se violan sistemáticamente las libertades fundamentales de sus ciudadanos. ¿Qué radiografía hace de la realidad política de todo el territorio latinoamericano en materia de derechos humanos?*

Argentina efectivamente fue más lejos que nadie en la región por haber juzgado y llevado a prisión a los represores. Pero los derechos humanos se han ideologizado y Argentina, de haber sido efectivamente un país comprometido con la causa humanitaria, hoy ya no condena la prepotencia de los gobiernos de Cuba, Venezuela y Nicaragua. La

izquierda latinoamericana desconoce la tragedia de la migración venezolana o las protestas en Cuba, como la derecha española se ocupa de los venezolanos no por causas humanitarias sino de poder, electorales.

Perturba constatar a un lado y al otro del Atlántico que los derechos humanos son utilizados partidariamente y lo que debería ser universal, ni de derecha ni de izquierda, se usa de forma partidista. Y lo que es igualmente grave es la violencia institucional que padecen las provincias más pobres, gobernadas por feudos de familia, como Santiago del Estero o Formosa, donde ya existen denuncias de organismos de prestigio como La Asamblea de los derechos humanos y Amnistía internacional por las muertes de jóvenes a manos de la policía.

La respuesta a las denuncias contra Venezuela, Cuba y Nicaragua son descalificadas con otro viejo argumento o extorsión ideológica: “No le hagamos el juego a la derecha”, dicen los organismos de derechos humanos muy identificados con el oficialismo. En realidad, debemos “hacerle el juego a la democracia”, que aun en su imperfección es el sistema que nos permite utilizar la libertad para reclamar y denunciar que nos falta el pan, el trabajo o la salud. Creo que el debate público está muy contaminado por las cifras y las estadísticas, que deshumanizan y cosifican al ser humano, de modo que ya no podemos dar por sentado nada y volver a ser creativos, insistentes y sobre todo alertas allí donde se denigre y viole la dignidad que define la



naturaleza humana. Por causa de las urgencias económicas, existe un chantaje en relación a los derechos ambientales, que recae sobre los activistas con la acusación de que “atentan contra el desarrollo”. Las instituciones efectivamente son las que pueden y deben ayudar, pero me temo que el gran problema hoy es su burocratización e ideologización que ha vuelto a abrir brechas y trincheras. Debemos recuperar el espíritu universal y humanitario que les dio origen a las organizaciones, insistir, perseverar, predicar los valores cívicos y, sobre todo, ser creativos, salir a la intemperie, fuera de la comodidad que nos da pertenecer a organizaciones. El idioma democrático debe ser igual para todos para comenzar a discriminar que no alcanza con que en un país

haya rutina electoral pero se siga confundiendo a los estados con los gobiernos. Efectivamente, las elecciones legitiman a los gobiernos pero tienen la obligación de garantizar los derechos para todos.

**Julen Chavarrías Fabó**

Periodista y estudiante del Máster de  
Comunicación Política e Institucional en la  
Barcelona School of Management – Universitat  
Pompeu Fabra  
Barcelona

**Published by:**



**Asociación para las  
Naciones Unidas  
en España**  
United Nations Association of Spain

**With the support of:**



**Generalitat  
de Catalunya**

ANUE no hace necesariamente como suyas las opiniones expresadas por sus colaboradores.

---